

## *(Des)gobierno y territorio en España*

JOAN ROMERO

Estamos inmersos en una de las crisis financieras más devastadoras que hemos conocido en los últimos ochenta años y se aguardan con desconcierto, incertidumbre y temor los efectos globales y regionales de la recesión económica. Después de catorce años de crecimiento ininterrumpido, la sociedad española también se ha visto afectada y las verdaderas consecuencias aún están por ser evaluadas. Porque como algunos ya advertían en mitad de tanta euforia, ahora se ha comprobado que no estábamos mejor que los demás, sino peor. Se ha perdido un tiempo precioso al apostar por un modelo productivo que lo ha fiado casi todo a la construcción residencial. Ahora, la caída será más pronunciada, la recuperación más lenta y las consecuencias serán más visibles y dolorosas que en otros países vecinos que crecieron menos durante la pasada década.

Pocas luces y muchas sombras. Así resumiríamos este largo e inusual período de crecimiento donde al lado de algunos ejemplos de buenas prácticas, han predominado sombras de mala política que incluso han ocupado al parlamento europeo. Junto a experiencias de buen gobierno, nunca se ha hablado tanto de desgobierno y de corrupción política y administrativa como en esta pasada etapa de crecimiento sin desarrollo. Incluso se ha llegado a hablar de procesos de “captura” de la política y de oclocracia. Durante década y media hemos ido dando contenido a una formidable paradoja: nunca en nuestra historia hemos tenido a nuestra disposición mayor cantidad de leyes, normas y planes. Y sin embargo, el nivel de descoordinación y desgobierno territorial tienen difícil explicación con estas normas. Con la diferencia respecto a etapas anteriores, de que entonces no existían mecanismos democráticos y ahora disfrutamos de un marco democrático consolidado e integrado en una realidad geopolítica europea, de unas visiones culturales más elaboradas, de unas concepciones del territorio y el paisaje más cultas y de un grado superlativo de cobertura normativa.

Sabemos cuáles son las causas (las confesables) que han propiciado esta situación y muchas veces se han explicado desde ámbitos académicos, especialmente por los geógrafos españoles. También conocemos ya algunas consecuencias ahora que el ciclo ha llegado a su abrupto final y se ha producido el estallido de la burbuja especulativa. Durante más de una década se ha producido el triunfo de lo banal, en la cultura social mayoritaria, en la factura técnica de los proyectos, en su concreción en los territorios y en la política. Por eso, cuando a veces se hacen propuestas acerca de modelos territoriales futuros y se establece la comparación entre la conveniencia de transitar por el *modelo California* o el *modelo Florida*, algunos pensamos que sería suficiente con eludir, como estación término para muchos municipios españoles, el *modelo Torre Vieja*, el *modelo Rivas Vaciamadrid*, el *modelo Seseña*, el *modelo Mojácar* o el *modelo Castrourdiales*. Y por descontado, el *modelo Marbella*, *Estepona* o *Andratx*.

Ha sido el nuestro un proceso de destrucción en toda regla, es decir, por lo general dentro de la legalidad, en un contexto que alguna vez calificué como de capitalismo de casino. Nuestro mayor reto colectivo sigue estando en el plano de la cultura territorial, social y política. Intangibles esenciales sobre los que únicamente pueden construirse edificios democráticos con sustrato moral y cimientos sólidos. Cuando falla la cultura, cuando hay escasa densidad institucional y social, cuando la democracia no ha arraigado ni ha madurado de forma plena, es más fácil que prosperen episodios de mala política. En ese caso fallan incluso las formas. Y en democracia, ya se sabe, las formas son fundamentales. Sin embargo, nunca se ha hablado tanto de corrupción en relación con el urbanismo desde el inicio de la transición democrática y nunca hubo tanta espesa opacidad, tanta permisiva complicidad, en los procesos de toma de decisiones relacionados con la urbanización. En estos años pasados el interés general no siempre ha sido el más general de los intereses en política territorial.

¿Hay que abandonar toda esperanza? como indica la inscripción de la entrada a la puerta del infierno de Dante. Creemos que no. Algo está empezando a cambiar también en el imaginario colectivo de la sociedad española. En primer lugar, la posición más activa demostrada por amplios sectores de la comunidad académica y profesional. Los discursos que desde el ámbito académico y profesional proponen una *nueva cultura* del territorio fueron inicialmente muy minoritarios, pero una década después incluso han desbordado el propio ámbito académico para situarse claramente, y cada vez de forma más consistente, en un ámbito más próximo al terreno de las propuestas y del compromiso cívico. El *Manifiesto por una nueva cultura del territorio* impulsado en 2006 por un grupo de profesores y profesionales, no es más que una muestra de una corriente pluridisciplinar mucho más amplia que además entiende que todas las miradas académicas y todo compromiso son imprescindibles. El *Manifiesto fundacional por una nueva cultura del agua* o los manifiestos y declaraciones en favor de una mejor protección del paisaje, son otras muestras de esta actitud propositiva. En segundo lugar, la extraordinaria atención prestada por los medios de comunicación a todas las cuestiones relacionadas con especulación urbanística, con prácticas insostenibles en materia de urbanismo y ordenación del territorio y con casos de corrupción urbanística. En menos de un lustro, se ha producido un cambio que ha sido determinante dado el papel fundamental de los medios de comunicación en la formación de percepciones sociales. En tercer lugar, el impresionante movimiento ciudadano que ha ido adquiriendo relevancia en toda España durante los últimos años. Desde cada lugar, muchos actores sociales expresan también sus reivindicaciones a favor de otra forma de entender y gestionar el territorio. La experiencia de los “salvemos” y la proliferación de plataformas “en defensa” o de “custodia” del territorio, de movimientos e incluso de Fundaciones culturales, son expresión de la creciente recomposición social y cultural y de un amplio proceso de *empoderamiento cultural* en muchos territorios. En cuarto lugar, los poderes públicos también han iniciado una nueva etapa que probablemente también es de no retorno.

No es seguro que vayamos a aprender de los errores del pasado. La historia reciente indica que no hemos aprendido casi nada de episodios anteriores en los que ya conocimos estallidos de burbuja inmobiliaria. Tampoco es seguro que la mayoría de la sociedad española haya tomado conciencia plena de las consecuencias de transitar por un camino intransitable. El territorio, que ha sido el gran sacrificado en la larga etapa de crecimiento económico, corre el riesgo de que en la actual etapa de recesión, de nuevo sea el gran sacrificado. En la fase de expansión era para seguir creciendo a cualquier precio. Ahora, con el pretexto de crear empleo en la fase recesiva. Existe el riesgo de que muchos puedan pensar que se trata de un punto y seguido y que superado el mal momento, pasados unos años, podamos volver a las viejas prácticas a falta de un modelo productivo alternativo.

Los territorios con futuro son los territorios con cultura, con discurso y con propósito colectivo. La clave está en hacer que se afiance esa nueva cultura del territorio. Y es a partir de estas expresiones desde donde pueden construirse discursos consistentes. Discursos positivos, propositivos y participados por una ciudadanía que ha de estar implicada y comprender que cuando un territorio o un paisaje irreplicable se pierde, desaparece una parte de su historia y de su cultura. Ha de conseguirse que esta forma de pensar ocupe el centro del imaginario colectivo. Porque éste es, sobre todo, un problema cultural, que desborda ampliamente expresiones políticas y límites administrativos. Y es desde el trabajo que haga posible que los contextos cambien desde donde será posible conseguir cambiar la percepción social mayoritaria en relación con la utilización de sus recursos o de su paisaje como cultura, bien público y legado. Y será entonces cuando las políticas, más coordinadas, con mayor voluntad de cooperación y más claras, ganarán en eficacia.

Los pueblos más cultos de Europa han sido capaces de alcanzar un respetuoso equilibrio entre cultura, historia, territorio, identidad, tradición, modernidad y competitividad. Nosotros podemos hacer lo mismo. No es seguro que hayamos aprendido de los errores y de los excesos, pero esta vez, como dice el personaje de Lewis Carroll en el pasaje de *Alicia en el País de las Maravillas* titulado *Una merienda de locos*, deberíamos ser capaces de “hacer las cosas mucho mejor”

Joan Romero es catedrático en la Universidad de Valencia